

valencia del maestrazgo de Santiago que le había prometido. Gonzalo contestó con arrogante dignidad: «que no trocaría jamás por el dominio de Loja el título que le daba al maestrazgo la palabra solemne de su rey, y que por lo menos le quedaria el derecho de quejarse, que para él valia mas que una ciudad (1).» Y siguió desde entonces en su retiro de Loja, donde disfrutó de la compañía de su antiguo amigo y maestro el conde de Tendilla, siendo su casa el centro de reunion de los señores de Andalucía; Gonzalo era el mediador y conciliador de sus diferencias, el padre de los colonos de sus tierras, el protector de los moriscos conversos, y el modelo de fina y caballerosa cortesanía para todos los jóvenes de la nobleza, que por curiosidad, por instruccion, y hasta por vanidad, frecuentaban su morada de Loja.

El pueblo había visto con menos disgusto que la nobleza la severidad del rey en el castigo del marqués de Priego, y no le pesaba ver humillados á los soberbios magnates que volvian á levantar su orgullosa cabeza desde la muerte de la reina Isabel. Asegúrase que el cardenal Cisneros, en cuya política entró siempre el abatimiento de la grandeza, era el que aconsejaba y alentaba al rey en aquella marcha. Creemos tambien que Fernando desplegó aquella inflexibilidad, no tanto por resentimiento ó enemiga á la persona del marqués, como por un cálculo de su fria razon, por infundir temor á los turbulentos próceres castellanos, y por mostrar que sabia hacerse respetar y obedecer y se hallaba resuelto á ello. Y en verdad, aparte de haber recaído tanto rigor en persona de tan ilustres ascendientes y tan allegada al Gran Capitan, y del inconveniente y mal efecto de desairar á este esclarecido personaje en la primera gracia que le pedia despues de haberle dado todo un reino, como golpe político produjo el resultado que se proponia, puesto que intimidó y tuvo á raya á los grandes, no obstante las confederaciones que en su resentimiento y mal humor intentaron. Ya despues le fué mas fácil y se halló mas fuerte para subyugar á los duques de Alburquerque, de Medinasionia, del Infantado, y á otros caballeros que le disputaban ciertas fortalezas en Andalucía (octubre, 1508). La villa de Niebla que se empeñó en resistir pagó cara su obstinacion, siendo entrada y saqueada por los soldados, y cinco regidores y un escribano puestos en la horca daban horrible testimonio del rigor de la justicia real (2).

La atencion de Fernando no estaba solo concretada en este tiempo á afianzar su autoridad contra los descontentos interiores y contra los revoltosos y desafectos que tenia en el reino. Además de las dificultades que se le suscitaban por Navarra y Portugal, cuyos reyes veian con recelo un vecino tan temible y poderoso, y no podian llevar en paciencia que una misma mano rigiera las dos monarquías de Castilla y Aragon, dábale continuamente que hacer y traiale incesantemente ocupado el emperador Maximiliano, su consuegro, con sus interminables embajadas, reclamaciones, exigencias, demandas y proyectos para hacer reconocer por rey de Castilla al príncipe don Carlos, nieto de los dos, todo con el afán de tener participacion en el gobierno de este reino. Mas porfiado y activo el soberano alemán que diestro y acertado en sus planes, no había medio, por extravagante que fuese, que no pusiera en juego para el logro de sus desacordados designios; tan pronto eran alianzas, guerras ó tratados con Venecia, con Inglaterra y con Francia; tan pronto matrimonios y enlaces de príncipes, hasta soñar en el del rey de Inglaterra con la reina doña Juana de Castilla; todo lo cual producía una serie no interrumpida de contestaciones que traian continuamente fatigado al Rey Católico, si bien nunca cedió ni quiso transigir un punto en cuanto á su derecho al gobierno de Castilla y al

(1) Crón. del Gran Capitan, lib. III, c. 6.—Giovio, Vit. Illustr. Vir. página 285.—Quintana, Vidas, tomo II, p. 325.

(2) Abarca, Reyes de Aragon, tom. II, p. 379.—Zurita, Rey don Fernando, lib. VIII, c. 26.

de su hija doña Juana, reconociendo el que á su tiempo competia á su comun nieto el príncipe Carlos.

Tanto le reconocia, que muchas veces instó al emperador á que enviase al príncipe á Castilla, así para que se educase acá conforme á las costumbres del país que estaba llamado á heredar y gobernar, como para asegurar la sucesion de los dos reinos; pues si llegara á acontecer que vacara el trono estando ausente el príncipe, y criándose aquí su hermano menor don Fernando, podria haber peligro de que los grandes se hubieran aficionado á este último y le prefirieran y proclamaran, de lo cual había muchos ejemplos de reyes y príncipes de Castilla que tuvieron hermanos; mucho mas cuando por su tierna edad no era necesaria su presencia en Flandes, estando encargada del gobierno de aquel Estado su tia la princesa Margarita, y amparándole con su favor y proteccion su abuelo. Propionalle además que se llevase allá al infante don Fernando, pues con esto se quitaria una ocasion de disturbios y un pretexto á las parcialidades, si por caso vacase el gobierno del reino hallándose este presente y ausente el otro (3). Discurría en esto el Rey de Aragon con gran seso y prudencia, y parece que hablaba en profecía, segun los sucesos que vinieron despues.

Mas en vez de venir el emperador á tan razonable y honesto partido, tomó el de confederarse con los grandes de Castilla descontentos del rey. Los espías de Fernando, que los tenia en todas partes, prendieron en Pancorbo á un emisario del emperador que venia disfrazado de lacayo. Llamábase don Pedro de Guevara, y era hermano de don Diego de Guevara, valido que fué del rey don Felipe, el cual se había refugiado á Flandes, fugitivo de España. Llevado á Simancas y puesto á cuestion de tormento, confesó su comision, y las inteligencias que mediaban, no sabemos si ciertas ó si supuestas para libertarse de los dolores de la tortura, entre el emperador Maximiliano y algunos nobles de Castilla, entre los cuales nombraba al Gran Capitan, al duque de Nájera, al conde de Ureña y á varios otros (4).

Así por informarse bien de lo que resultaba de las declaraciones del emisario preso, como para deshacer mejor con su presencia cualquier trama ó movimiento que se intentara contra su persona ó gobierno, determinó el Rey Católico á los principios del año siguiente regresar á Castilla. Hízolo viniendo por Extremadura; y como hubiese dejado á la reina doña Juana su hija en Arcos, lugar frio é insalubre para ella, pasó á buscarla llevando consigo á su hijo don Fernando. La reina, cuyo pálido rostro y pobres y desmañados vestidos descubrian su malestar intelectual y físico, mostró alegrarse de la ida de su padre, y obedeció gustosa la determinacion que este tomó de trasladarla á Tordesillas (febrero, 1509). Verificóse la marcha de noche, como ella acostumbraba, yendo siempre delante y á su vista el féretro de su esposo, y haciéndole de dia exequias en los pueblos. Aposentada en el palacio de Tordesillas, se depositó el cuerpo de su marido en el monasterio de Santa Clara, en que la reina podia ver su túmulo desde su misma habitacion. Aquí se encerró esta desgraciada señora, casi sin salir en el resto de su vida, que fué todavía muy larga, ajena siempre á los negocios del reino, así durante el gobierno de su padre como en el reinado de su hijo.

Tal era el estado de las cosas de Castilla en la segunda regeñcia del Rey Católico, cuando importantes sucesos exteriores vinieron á darles nuevo rumbo y nueva fisonomía.

(3) Zurita, Rey don Fernando, lib. VIII, c. 16.—Abarca, Reyes de Aragon, don Fernando el Católico, cap. 17.

(4) Tambien fué preso y atormentado por la misma sospecha un criado del marqués de Villena, pero este no descubrió nada, y persistió constantemente en defender su inocencia, aunque se le torturó cruelmente, hasta descoyuntarle y ponerle á punto de espirar. El emperador recibió tanto enojo de este hecho, que estuvo ya determinado á prender á todos los súbditos del rey de España que se hallaban en Nápoles. Zurita, Anal. tom. VI, p. 173.

CAPÍTULO XXIV

CISNEROS

Conquista de Oran

DE 1508 Á 1510

Antiguos proyectos de Cisneros sobre la conquista de Africa.—Acógelos el rey.—Primera expedicion: toma de Mazalquivir.—Conquista del Peñon de la Gomera.—Empresa de Oran.—Anticipa el cardenal los gastos de la armada.—Convenio entre el rey y el arzobispo.—Va Cisneros en persona á la conquista.—Batalla y triunfo de los españoles bajo el mando de Pedro Navarro.—Entrada de Cisneros en Oran.—Desavenencias entre el cardenal y el conde Navarro.—Vuelve Cisneros á España.—Mal comportamiento del rey con el prelado.—Modesta y sufrida conducta de este.—Sucesos de Africa.—Conquista Navarro el puerto y ciudad de Bugia.—Sométense al Rey Católico Argel, Túnez y Tremecén.—Ataque y toma de Trípoli: vigorosa resistencia de los moros: terrible mortandad.—Ida de don García de Toledo á Africa.—Funeo y memorable desastre de los españoles en la isla de los Gelbes.—Sus causas y consecuencias.—Suspéndese la conquista de Africa.

Ya en vida de la reina Isabel, y á persuasion del arzobispo de Toledo don Fr. Francisco Jimenez de Cisneros, hombre de elevados pensamientos y dado á las grandes empresas, había habido el designio de llevar las armas cristianas al Africa y arrancar las ciudades de la costa berberisca del poder de los infieles. Encargado estuvo ya el conde de Tendilla de dirigir y comandar la armada que se pensó enviar al litoral del continente africano; pero la muerte de la reina y las novedades que se siguieron en Castilla fueron causa de que se suspendiese aquella expedicion. A poco tiempo volvió á insistir el primado de España con el Rey Católico, regente del reino, en la conveniencia de que se realizara aquel pensamiento. Fernando acogió la empresa, para la cual le prestó el prelado toledano once cuentos de la moneda de Castilla, y no tardó en salir del puerto de Almería y cruzar las aguas del Mediterráneo una armada al mando del valeroso don Diego Fernández de Córdoba, alcaide de los Donceles, llevando consigo al entendido marino don Ramon de Cardona (agosto 1505). El resultado de esta expedicion fué apoderarse de la ciudad y castillo de Mazalquivir en la costa de Berberia (setiembre), puerto cómodo y muy importante para el comercio con Oran, de donde dista solo tres cuartos de legua, y á donde se refugiaron los moros que la defendian. Don Ramon de Cardona volvió á Málaga con la armada y con la noticia de aquella conquista, de que se alegraron todas las naciones de Europa. Pero mas adelante (en 1507), habiendo salido el alcaide de los Donceles del fuerte de Mazalquivir é internándose hasta cuatro leguas con una hueste de mas de tres mil españoles, fueron estos asaltados y arrollados por numerosas tropas del rey de Tremecén, viéndose el valeroso jefe de los cristianos en gran peligro, y teniendo que retirarse con gran trabajo á la plaza despues de dejar muertos en el campo muchos de los suyos.

Quando el rey vino de Nápoles á Castilla, se volvió á promover la empresa de Africa, para la cual ofrecia buena ocasion la guerra que al rey de Fez hacian sus dos hermanos, uno de los cuales ofreció al rey Fernando que le daria su favor y ayuda para la conquista de Oran y de otros lugares de la costa, siempre que él le pusiera en posesion de la ciudad de Túnez que decia pertenecerle, obligándose además el moro á darle en rehenes su hijo mayor. En virtud de esta propuesta mandó Fernando aparejar una buena flota en Málaga al mando del conde Pedro Navarro, y de cuyo orden y provisiones cuidaba muy principalmente el ya cardenal de España Jimenez de Cisneros (1508). Mas como en aquel tiempo anduvieran los corsarios berberiscos inquietando é invadiendo continuamente la costa de Granada robando y haciendo cautivos, de orden del rey salió Pedro Navarro con sus naves contra ellos, les tomó algunas fustas, mató muchos moros, y dando caza á los demás llegó hasta la costa fronteriza de Africa, y les ganó el Peñon de la Gomera (julio 1508), castillo de muy extraña fortaleza, construido sobre un peñasco dentro del mar, con lo que quedaron protegidas las costas de Andalucía y de Valencia contra las correrías de los piratas. La

ocupacion del Peñon por los españoles produjo vivas contestaciones entre Fernando y el rey de Portugal su yerno, que pretendia ser de su conquista como perteneciente al reino de Fez; y aunque el Rey Católico le hizo poco tiempo despues un inmenso servicio enviando á Pedro Navarro con su armada en socorro de Arcila que el rey de Fez tenia cercada y en grande aprieto, batiendo al moro, haciéndole levantar el cerco y libertando aquella posesion portuguesa, todavía el monarca portugués no desistía de reclamar su derecho al Peñon de Velez (1).

Tales eran los precedentes que habían mediado respecto á la empresa de Africa, cuando el cardenal Cisneros, ya por haber sido antiguo pensamiento suyo, ya por celo religioso (2), ya por distraer á otra parte y á otros objetos la atencion de los turbulentos nobles castellanos, excitó al rey á que emprendiese seriamente la conquista de Oran, ciudad opulenta y bien murada del reino de Tremecén, uno de los mejores mercados para el comercio con Levante, asilo y madriguera de multitud de corsarios moros que infestaban y estragaban las costas del Mediterráneo, y muy inmediata, como hemos dicho, al fuerte y puerto de Mazalquivir, conquistado tres años antes por el alcaide de los Donceles. A este plan solo tuvo que oponer Fernando el inconveniente de la falta de fondos, pero á esta dificultad ocurrió Cisneros ofreciéndose él á anticipar todo el coste y gastos de la empresa, y lo que es mas, á conducirla y mandarla en persona. Para lo primero contaba el cardenal arzobispo con los ahorros que había ido haciendo de sus pingües rentas, de las cuales solo había empleado algunas en la redencion de cristianos cautivos. Lo segundo, propuesto por un hombre que había pasado la mayor parte de su vida en el retiro y en las penitencias de un claustro, y se hallaba además en la edad septuagenaria, hubiera parecido una locura, si no fuera ya conocido el ánimo levantado y grande del religioso Cisneros, que con este objeto había tenido ya empleado al ingeniero veneciano Jerónimo Vianelo en reconocer las costas de Berberia y levantar planos exactos de sus ciudades, puertos y fortalezas.

Admitida la proposicion por el rey, se ajustó y firmó por los dos una capitulacion ó asiento (29 de diciembre, 1508), en que el soberano ponía á cargo del cardenal arzobispo la direccion y proveimiento de la armada y los gastos de la guerra, se obligaba á indemnizarle de lo que se fuera cobrando de la décima y subsidio en todos sus reinos y señoríos, teniendo entre tanto en prendas y á su disposicion todo lo que se ganase de tierra de moros (3), y el cardenal por su parte prometía y se obligaba á pagar todos los sueldos, provisiones, fletes y demás que fuese menester para el equipo de las naves y mantenimiento de la gente de guerra (4). Nombróse general de la armada al conde Pedro Navarro, y habían de ir de capitanes Diego de Vera, el conde de Altamira, Jerónimo Vianelo, Gonzalo de Ayora, García Villaroel

(1) Gomez de Castro, *De Rebus gestis*.—Carvajal, Años 1507, 1508.—Zurita, Historia del rey don Fernando, libro VI, c. 15, libro VIII, capítulos 11, 23 y 24.

(2) El celo religioso del arzobispo iba mas adelante todavía, puesto que había concebido el grande y caballeresco pensamiento de promover una cruzada de príncipes y soberanos para el rescate de la Tierra Santa; idea que había entrado ya tambien en los proyectos de Cristóbal Colon. Quintanilla, Archetipo, Apéndice núm. 16.

(3) De consiguientes, no se hizo á sus expensas ó de su cuenta, como dan á entender ó dicen expresamente muchos historiadores.

(4) Tenemos á la vista una copia de este asiento ó capitulacion, sacada del archivo de Simancas, de la cual daremos á conocer los mas importantes artículos.—«Lo que nos (principia) el Rey é Cardenal de España, arzobispo de Toledo, asentamos é concordamos sobre la guerra que plasiendo á Dios nuestro Señor se ha de facer este año contra los moros enemigos de nuestra Santa fe Católica es lo siguiente.—Primeramente que vos el dicho cardenal plasiendo á nuestro Señor vais en persona á entender en la dicha guerra de allende, y para ello yo vos mandaré dar todos los poderes que sean menester y convengan, y asimismo enviaré una persona ó dos del Consejo ó alcaldes para que despues de vos partido con el ayuda de nuestro Señor estén en la costa para mandar proveer en las cosas necesarias con poder asimismo bastante, de manera que haya entero recabdo é proveimiento para las cosas de la dicha guerra.—Otro sí, por quanto para la dicha guerra es menester dineros para el sueldo de la gente y mantenimiento ó fletes, lo qual vos el dicho cardenal habeis de

y otros caballeros de los que mas se habian distinguido en las guerras de Italia y de España. Levantóse gente en todas las provincias, especialmente en la diócesis del cardenal: proporcionó este un buen tren de artillería, se hicieron provisiones de boca y guerra, y en la primavera de 1509 se halló aparejada en el puerto de Cartagena una armada de diez galeras y ochenta naves menores, con catorce mil hombres de desembarco. Advertiase no obstante poco orden y arreglo en la disposición de la flota, lo cual atribuía el cardenal al poco gusto con que Navarro se sometía á estar bajo la dirección de un eclesiástico para una tal empresa como aquella; mientras Cisneros decía del conde que era muy bueno para pelear, mas no para gobernar y dirigir. Ello es que desde el principio no reinó el mejor acuerdo entre el arzobispo y el conde. Hubo tambien excesos é insubordinación en la gente de tropa, y muchos de ellos decían con cierto donaire, especialmente los de Italia, «que era cosa chistosa lo que en España pasaba, que un arzobispo de Toledo quisiese dirigir y hacer la guerra, en tanto que Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitan, se entretenía en rezar rosarios (1).» Los nobles por otra parte procuraban desacreditar al cardenal atribuyéndole miras codiciosas y desiguales no muy leales.

Mas no era Cisneros hombre á quien arredraran contrariedades ni obstáculos, y fuerte con su propio espíritu y con el favor y apoyo de Fernando que le conocía bien, castigados los soldados disidentes, animados los demás á vista de los sacos de moneda para la paga, y restablecida la disciplina en el ejército, dióse la armada á la vela á 16 de mayo (1509), y al día siguiente arribó al puerto de Mazalquivir. Las fogatas que se divisaban en las alturas indicaban bien que los moros se hallaban apercebidos. Opinaba sin embargo el cardenal que no debía perderse tiempo, y que convenia sobre todo apoderarse de una eminencia que hay entre Mazalquivir y Oran. Salieron pues las tropas al campo para prepararse á acometer al enemigo. El cardenal de España recorrió las filas montado en una mula, vestido con los hábitos pontificales y con la espada al costado, rodeado de sacerdotes y religiosos, entre ellos el franciscano Fr. Fernando, que montaba un caballo blanco, llevando el tahalí y la espada sobre el sayal, y en la mano el estandarte arzobispal con la cruz, cantando todos muy devotamente el himno *Vexilla Regis prodeunt*. El venerable prelado, despues de ordenadas las tropas, subió á un repecho, desde el cual les dirigió una enérgica arenga, exhortándolos á pelear con esfuerzo contra aquellos infieles que habian querido esclavizar la España, y á penetrar animosos en la ciudad y sacar de las mazmorras á los cristianos que gemían cautivos y á quienes sus madres esperaban ansiosas de abrazarlos. «Yo quiero, añadió, tener parte en esta victoria, y seré el primero en el peligro, porque me sobra aliento para plantar en medio de las huestes enemigas esta cruz, estandarte real de los cristianos, que veis delante de mí, y me tendré por dichoso de pelear y morir entre vosotros, como muchos de mis predecesores lo han hecho (2).»

La fogosa elocuencia del septuagenario sacerdote inflamó á aquellos guerreros devotos, los cuales viendo al arzobispo re-

dar é prestar... que vos el dicho cardenal pongáis un pagador... etc. Yo por la presente vos prometo é aseguro por mi fee é palabra Real que todo lo que gastáredes é espendiéredes en la dicha guerra en la forma susodicha que vos será muy bien pagado en la manera siguiente: Que todo lo que se cobrare é oviere de la dicha Cruzada é susidio que está mandado cobrar así en estos Reinos de Castilla como en todos mis Reinos é Señoríos se vos dará y pagará realmente é con efecto todo lo que así hobiéredes dado y gastado de lo primero que se cobrare y rescibiere despues de pagados los bastimentos é provisiones...—Otrosí, que yo procuraré con nuestro muy Sancto padre que todo lo que se tomáre é ganáre del Reino de Tremecén sea en lo especial sufragáneo de la Iglesia de Toledo, é así mismo que en la ciudad de Oran se haga una iglesia Colegial, la cual sea unida en la dicha Iglesia de Toledo para que igualmente puedan residir en qualquier de las dichas Iglesias los canónigos é dignidades é beneficiados dellas, ó de la manera que lo dispusiéredes.—Otrosí, yo el dicho cardenal de España, arzobispo de Toledo, prometo é me obligo de dar é pagar... etc.» Archivo de Simancas, Contadurías, 1.^a época, legajo 201.

(1) Alv. Gomez, *De Rebus gestis*, lib. IV.—Bernaldez, Reyes Católicos, c. 218.

suelto á guiarlos y á marchar con ellos al combate, se acercaron á él con respeto y le suplicaron tuviese á bien de retirarse, pues de otro modo el cuidado que todos pondrían en proteger y salvar su persona les embargaría la atención y podría perjudicar al éxito de la pelea. Cedió el prelado, aunque con repugnancia, á tan justas instancias y consideraciones, y dejando á Navarro el mando del ejército y de la batalla, les dió su bendición y se retiró á orar á la capilla de San Miguel de Mazalquivir. La noche se acercaba, y viendo Navarro las colinas de la sierra coronadas de moros, volvió á consultar al cardenal si convendría diferir el ataque ó comenzarle pronto á pesar de la proximidad de la noche. «Atacá al enemigo sin dilación y sin miedo, contestó el animoso prelado; porque estoy cierto de que vais á ganar hoy una gran victoria (3).» Animado con estas palabras como de inspirada predicción volvió Navarro al ejército y ordenó inmediatamente el ataque.

Moviéronse las tropas, divididas en cuatro cuerpos, y llevando la artillería que el cardenal habia hecho desembarcar. Resonaron las trompetas por valles y cerros, y á la voz de ¡Santiago! comenzaron los españoles á preparar atrevidamente por las ásperas laderas de las montañas, sufriendo impertéritos los tiros de flechas y de piedras que los moros desde lo alto arrojaban. Allí murió por querer avanzar con temeraria precipitación el capitán de los de Guadalajara Luis Contreras (4). Pero maniobrando Navarro oportunamente con cuatro piezas de artillería, desalojó los enemigos de las alturas con grande estrago, aturdiéndolos y desordenándolos de tal manera, que todos se dieron á huir dispersos y despavoridos y persiguiéndolos los cristianos en no menor dispersión y desorden hasta las puertas de la ciudad, con gran peligro de los nuestros si los moros hubieran tenido ánimo para rehacerse.

Entre tanto la armada española anclada frente de Oran batía incesantemente la ciudad, y si bien de la plaza contestaban los enemigos con vivo fuego de las numerosas piezas que coronaban sus muros, habiendo tenido los cristianos el acierto y la fortuna de apagar los de la principal batería enemiga, desembarcaron las tropas que iban á bordo, juntáronse con las de tierra, y comenzaron á escalar intrépidamente la muralla. El capitán de la guardia del cardenal, llamado Sosa, fué el primero que á la voz de ¡Santiago y Cisneros! plantó sobre los adarves la bandera que representaba por un lado la cruz y por otro el blason de las armas del príncipe. Inmediatamente se vieron ondear otros seis estandartes sobre los muros. Apoderáronse los soldados de las puertas, se abrieron, y penetró todo el ejército en la ciudad arrollando y pasando á cuchillo cuanto encontraban sin perdonar ni sexo ni edad. Algunos moros se refugiaron en las mezquitas ó se fortificaron en las casas. Los soldados vencedores se entregaron desenfadadamente á la licencia y al saqueo, sin que la voz de Navarro bastara á contenerlos, hasta que cansados y saciados de sangre, de manjares y de vino, se entregaron embriagados al sueño, reposando los vivos entre los muertos, todos confundidos y mezclados. Solo Navarro y sus capitanes velaron aquella noche. Horrorizados de tanta mortandad y tanto exceso, ofrecieron perdón á los refugiados en las mezquitas y los obligaron á rendirse. Llegado el día, ordenó Navarro que se limpiase la población de tanta impureza como la infestaba, y avisó al cardenal para que fuese á tomar posesión de la importante conquista que acababan de hacer las armas españolas.

El portador de esta feliz nueva fué el capitán Villaroel. El

(3) *Certa enim mihi spes est te hodie victoriam magna cum laude reportaturum*. Alvar. Gomez, *ibid.*

(4) La muerte de este capitán dió lugar á un incidente muy propio de la superstición musulmana. Los moros cortaron su cabeza y la enviaron á Oran, donde la anduvieron paseando y enseñando por las calles con gran regocijo, diciendo que era la del alfaquí de los cristianos, esto es, la del cardenal. Mas todo aquel júbilo se desvaneció y aun convirtió en tristeza, no solo porque los cautivos cristianos reconocieron no ser la del arzobispo, sino por otra circunstancia. Contreras era tuerto, y tan pronto como lo observaron las mujeres musulmanas comenzaron á gritar que todo estaba perdido, porque el primer hombre que habian muerto los suyos era tuerto, y el gozo de la ciudad se trocó en predicciones siniestras.

cardenal la recibió con modesta alegría, dió gracias á Dios, y al día siguiente partió en una galera á Oran con los religiosos y sacerdotes que solía llevar en su compañía. Llenóse su alma de santo júbilo cuando divisó los pabellones cristianos ondeando sobre los alminares de la opulenta ciudad morisca. Al desembarcar le saludaron los soldados como al verdadero vencedor: «Vos, señor, le decían, sois el que ha vencido:» á lo cual contestaba el prelado con las palabras de David: «*Non nobis, Domine, non nobis...* No á nosotros, Señor, sino á vuestro santo nombre se debe dar la gloria.» El gobernador de la alcazaba le presentó las llaves de la fortaleza: púsose á su disposición la riqueza y botín de la ciudad que ascendía á una inmensa suma, pero Cisneros, no queriendo nada para sí, mandó que se reservara todo para el rey y para el sustento de los soldados. Lo que mas lisonjeó al pontífice-general fué el gusto de abrir por sí mismo los calabozos subterráneos y dar libertad á trescientos infelices cautivos que gemían allí entre cadenas.

La facilidad y prontitud con que se tomó una ciudad tan rica y tan bien guarnecida y fortificada como Oran causó general sorpresa y maravilla. Los soldados decían que Dios habia detenido el sol en su carrera para darles la victoria como en tiempo de Josué (1); mientras otros suponían, tal vez no sin fundamento, que Cisneros habia tenido secretas inteligencias con los alárabes que vivían entre los moros. Al siguiente día el cardenal montó á caballo, dió una vuelta en derredor de la ciudad, dispuso que se repararan las fortificaciones, visitó las mezquitas, purificó y consagró una de ellas á nuestra Señora de la Victoria, y otra al apóstol Santiago, ordenó que se erigiese un hospital y algunos conventos, y despachó á don Fernando de Vera con cartas para el rey anunciándole el éxito glorioso de su empresa. No fué poca dicha haber tomado tan pronto la ciudad, porque á las pocas horas se presentó á sus inmediaciones un ejército de Tremecén que acudía á socorrerla, el cual hubo de retirarse luego que supo la rendición. Vergáronse los de Tremecén y descargaron su furor degollando á los mercaderes cristianos y judíos que se hallaban en aquella capital.

Cuando halagaba al gran Cisneros la idea de dilatar la religión y hacer ondear la enseña del cristianismo en otras ciudades infieles de la costa africana, detuviéronle en sus pensamientos graves desavenencias que sobrevinieron entre él y el conde Pedro Navarro. Soldado de genio un tanto áspero y brusco Navarro, que ya desde España habia mostrado harta repugnancia en someterse á un caudillo eclesiástico, no podia ver sin celos los honores que se hacían al cardenal, y mas cuando se sentía él con aptitud y con valor para dirigir la guerra como jefe. Así un día, con motivo de una reyerta ocurrida entre soldados de uno y otro, dijo al prelado en desabrido tono: «que jamás dos generales habian conducido bien un ejército; que haría bien en volverse á su diócesis á recoger los aplausos de su victoria; que su misión habia terminado con la toma de Oran; que todo lo demás se habia de hacer en nombre del Rey Católico y no en el suyo; y que le dejara á él el mando del ejército y la armada, y él se fuese á cuidar de sus ovejas, dejando el cuidado de pelear á los que tenían oficio de soldados.» Y se despidió de él bruscamente (2). Disimuló el prelado, y sin darse por sentido de la irreverencia, llamó otro día á Navarro y le dió sus órdenes con la dulzura acostumbrada.

A este tiempo interceptó el cardenal una carta del rey á Navarro, en que le encargaba procurara detener por allá al arzobispo todo el tiempo que creyera necesaria su presencia. El anciano y suspicaz prelado interpretó aquella prevención en el sentido mas desfavorable; supuso mala voluntad en el rey hacia su persona, y como sabia que el monarca deseaba el arzobispado de Toledo para su hijo natural don Alfonso, que lo era de Zaragoza, y aun le habia hecho proposiciones de permuta, hasta sospechó en Fernando la intención de que permaneciendo en África sucumbiera allá, no pudiendo resis-

(1) Quintanilla, *Archetipo*, página 236 y sig. y apéndice p. 103.
(2) Gomez, *De Rebus gestis*, fol. 116.—Bernaldez, Reyes Católicos, capítulo 218.

tir la temperatura ardiente de aquel clima en la estación en que se iba á entrar (3). Esto, unido al disgusto que le causaba la altivez y casi abierta desobediencia de su general, le determinó á regresar á España; y llamando á Navarro, á Villaroel, á Diego de Vera y á otros capitanes, les comunicó su signio, declaró que dejaba al primero el mando del ejército y armada, dió á todos oportunos consejos para el mantenimiento de la disciplina, la conservación de lo conquistado y la conveniencia y modo de proseguir la empresa de África, y despidiéndose afectuosamente de todos se embarcó en una sola galera (23 de mayo, 1509), sin escolta y sin aparato, para demostrar la seguridad con que se navegaba ya por aquellos mares, antes tan expuestos á los ataques de los piratas. Solo traía consigo algunos criados, unos esclavos moros con camellos cargados de piezas de oro y plata que habia separado del botín y destinado al rey, junto con una colección de libros árabigos de astronomía y medicina para su biblioteca de Alcalá. En aquel mismo día arribó con próspero viento á Cartagena, de donde habia partido con la expedición.

Esquivó el victorioso prelado con recomendable modestia las fiestas públicas con que en varios pueblos querían agasajarle, y temiendo ya los calores del estío, partió para Alcalá de Henares, su ciudad predilecta. Los doctores de su universidad habian enviado una diputación á recibirle; todos los gremios le habian preparado una entrada triunfal, y habian derribado un trozo de muralla para que aquella pudiera ser mas solemne; pero él, enemigo del fausto y de las demostraciones ruidosas, prefirió entrar por una de las puertas ordinarias; y con la misma humildad y abnegación rehusó ir á la corte, donde le llamaban y le tenían preparados festejos, «por temor, decía, de verse abrumado con frívolas urbanidades, que son pesadas y embarazosas á los que no deben perder el tiempo, y que por su edad, y profesion han de ser serios y graves.» En todo manifestó la misma modestia y sencillez; y sin mostrarse envanecido por su glorioso triunfo, ni hablar siquiera de él, sino para exhortar al rey á que no dejara de proseguir las conquistas de África y á que no faltaran provisiones al ejército, se consagró á los cuidados espirituales de su diócesis, y al fomento de su querida universidad de Alcalá, de que hablaremos luego.

Aguardábanle no obstante al venerable cardenal muy graves disgustos y sinsabores por premio del gran servicio que acababa de hacer á su rey y á su patria. Acusáronle sus enemigos de haber violado el sagrado de las cartas, abriendo las que el rey dirigía á Pedro Navarro, de cuyo cargo procuró justificarse, si bien en verdad no parece que satisficieran de todo punto las razones que en justificacion de este hecho alegaba, ó las que por lo menos nos presentan sus biógrafos y panegiristas, por mas recelos y avisos que tuviese de lo que se trataba entre el conde y el rey. Persuadieron además á este los enemigos del prelado que no debía satisfacerle las sumas anticipadas para los gastos de la guerra y conquista de Oran, puesto que el saco de la ciudad excedía á las expensas que habia hecho. Fuerte en este punto el cardenal, expuso con sobra de razon que nada habia recogido para sí del botín sino algunos libros árabigos y algunas otras curiosidades destinadas á la biblioteca de Alcalá, ni traído otra riqueza que la parte correspondiente al rey; que del dinero anticipado para la expedición tenia que dar cuenta á su iglesia; recordábale la palabra empeñada en un trato y compromiso solemne; y concluía proponiendo que si el estado de los negocios públi-

(3) Muchos historiadores hablan de esta famosa carta del rey como escrita en términos mas explícitos y mas fuertes. Nosotros hemos preferido y adoptado la version que hace de este hecho Alvaro Gomez de Castro, que creemos fué el que pudo estar mejor informado. Suponen aquellos que decía el rey en su carta: «Detened á ese buen hombre, que no vuelva tan aprisa á España; conviene usar de su persona y dinero entre tanto se pueda. Detenedle si podeis en Oran, y pensad alguna nueva interpresia.» Y en testimonio de esto citan á Alvaro Gomez. Véase Flechier en la Historia del Cardenal Ximenez, lib. III. Pero Gomez dice solamente lo que sigue: *Rex igitur Navarro per litteras mandabat ut tantisper Ximenium à trajiciendo averteret, dum ejus presentia rebus agendis necessaria foret. Id homo senex et ob atram bilem suspiciosus in suum damnum et perniciem tractari credidit...* Lib. IV.

cos no permitía sacar cantidad alguna de las tesorías, cediese el rey á los arzobispos de Toledo el dominio de la ciudad de Oran en indemnización de la deuda, que él y sus sucesores renunciarían. Sometido el asunto al consejo, el rey, después de oídos diferentes pareceres, reconoció al fin la justicia de la reclamación; pero antes de satisfacer el crédito mortificó al cardenal con graves pesares, cuales fueron el de enviar un comisario régio á visitar su palacio para que examinara su menaje y viera si se había aumentado con el saco de Oran, y el de despachar comisionados por los lugares de su diócesis, con encargo de hacer presentar á los soldados los esclavos y cualesquiera otros objetos que de África hubiesen traído.

Cisneros con su grande alma sufría todas estas mortificaciones sin proferir una sola queja y sin alterarse su espíritu. Representábase los ejemplos de los dos grandes hombres que tenía delante, Cristóbal Colon y el Gran Capitán, y de sus mal pagados servicios, y aguardaba tranquilo y sin impacientarse la resolución del rey. Por último determinó este satisfacerle sus anticipos; el cardenal le dió las gracias, y sin mostrar resentimiento por la conducta de su soberano, siguió respetándole y sirviéndole como antes (1).

Aunque desde el regreso de Cisneros á España parece que el gobierno y administración de lo de Oran no se manejaba con la mayor pureza ni economía, según las quejas que por acá llegaron y que Cisneros expuso al rey, diéronse sin embargo las providencias oportunas para que, remedios aquellos males, se prosiguiese la empresa y conquista de África bajo la dirección del conde Pedro Navarro, que no era un hombre político, pero era un guerrero brioso y emprendedor. Enviáronse auxilios de hombres y dinero, con los cuales emprendió y llevó á cabo en poco tiempo la conquista de Bugia, ciudad marítima de la antigua Numidia perteneciente al reino de Argel (enero, 1510). Con la nueva de este triunfo vino á España el capitán Diego de Vera, y á consecuencia de este suceso se presentaron los jeques de la ciudad de Argel en Bugia á hacer su sujeción al Rey Católico de España ante el conde y capitán general de África Pedro Navarro (2). Á su imitación el rey de Túnez se declaró también vasallo y tributario del rey, según antes había ya prometido, obligándose á venir á las cortes siempre que el rey le llamase, á poner en libertad todos los cautivos cristianos que había en su casa y reino, y á darle en rehenes su propio hijo. Siguió su ejemplo, aunque con alguna mas repugnancia, el rey de Tremecen. Las condiciones con que estos reyes y ciudades le juraban vasallaje al Rey Católico eran muy parecidas á las que años antes habían estipulado los moros de Granada.

Dirigióse luego Navarro con todo su ejército y armada sobre Trípoli, una de las ciudades marítimas mas fuertes de

(1) Tenemos á la vista las cuentas de los gastos hechos por Cisneros en la expedición y conquista de Oran, copiadas de las originales que existen en el Archivo de Simancas (Contadurías, 1.ª época, leg. núm. 201). Pondremos aquí solamente el *Sumario general* con que concluyen.

| | | |
|------------------------------------------------------------------------|------------|--------|
| Flete de navíos. | 5,957,930 | (mrs). |
| Sueldo de gente de á pié. | 9,836,276 | 1/2 |
| Sueldo de gente de á caballo. | 906,079 | 1/2 |
| A personas particulares, que han de dar cuenta de ello al Rey. | 5,797,273 | |
| De bastimentos. | 7,123,449 | 1/2 |
| | 29,621,008 | 1/2 |

Y con lo que se gastó hasta que salió la gente de Oran á Bugia con el general Pedro Navarro, según otra nota posterior, parece montó todo la suma de . . . 30,659,839 1/2

Es muy extraño que Prescott en su Historia de los Reyes Católicos no haya dicho nada de este y otros incidentes, que además de su importancia, son tan propios para dar á conocer el carácter del monarca y el del prelado.

(2) Zurita, en la Historia del Rey don Hernando, lib. IX, c. 2, trae los términos de esta capitulación, que empieza: «A Gloria y loor del nombre Santísimo de nuestro Redemptor Jesu Christo... etc.»—Bernaldez, Reyes Católicos, c. 222.—Alvar. Gomez, *De Rebus gestis*, lib. IV.

Berberia. La resistencia que allí hicieron los moros fué vigorosa y obstinada: se peleó por una y otra parte con tenacidad y hasta con desesperación: asaltada la ciudad, no hubo torre, ni mezquita, ni casa, ni plaza, ni calle en que no se combatió á muerte, siendo los caballeros y nobles cristianos los primeros en el peligro y muriendo muchos de ellos, pero haciendo tal mortandad y estrago en los moros, que puede decirse que apenas quedó uno solo con vida (26 de julio, 1510). Repartiéronse entre los soldados los despojos de aquella ciudad rica, pero arruinada. El rey Fernando, que se hallaba en Monzon celebrando cortes cuando recibió la nueva de esta conquista, tuvo intención, y así lo declaró, de pasar á Africa en persona á proseguir aquella empresa, pero detenido por otras atenciones, envió á don García de Toledo, hijo del duque de Alba, con nueva armada y ejército, á fin de que continuase las conquistas por el interior de Berberia, y pudiese el conde Navarro atender á lo de la costa.

En mal hora, y para mal suyo y sentimiento general de España arribó el intrépido y fogoso don García de Toledo á Bugia y á Trípoli con los siete mil hombres que constituían su ejército, al cual volvió incorporado el capitán Diego de Vera. Era en ocasión que Pedro Navarro había tratado de someter al dominio de España la isla de los Gelbes, la mayor y mas principal de aquella costa, aunque poco poblada, de terreno arenoso y estéril, y llena solo de bosques, palmeras y olivos. Mas como el jeque que la gobernaba se hubiese mostrado resuelto á defenderla, y cuando ya Navarro había embarcado su gente para invadir la isla, incorporóse don García de Toledo con la mayor parte de la suya, componiendo entre todos un total de doce mil hombres. Desembarcaron, y se internaron en tierra, sin que de la torre que defendía la isla ni de otra parte alguna les saliera nadie al encuentro, lo cual no era extraño, porque de los doce mil habitantes que aquella tendría, apenas contaba el jeque con unos ciento y veinte jinetes armados y en disposición de pelear. Don García de Toledo había pedido ir delante, y el conde Navarro condescendió con su deseo, dándole las mejores compañías y los soldados mas escogidos y mejor armados. Era el 28 de agosto (1510), y hacía un sol tan abrasador que el aire parecía que ardía y la arena del suelo los quemaba. Fatigados, abrumados y medio muertos del calor, de la fatiga y de la sed, desmandáronse con el ansia de apagarla al divisar unas palmeras donde había algunos pozos de agua dulce junto á unas casas destruidas. Cuando los soldados se ocupaban con afán en sacar agua de los pozos, los moros, que se hallaban á corta distancia y observaron lo desordenados, desmayados y sin aliento que iban los españoles, dieron sobre ellos de rebato, y aunque la mayor parte era gente de á pié y sin armas y solo había unos setenta armados y á caballo, arremetieron con tal furia, y fué tal el espanto que se apoderó de los nuestros, que muy pocos tuvieron ánimo para hacerles frente. Fueron de estos pocos don García de Toledo y los capitanes que le acompañaban, mas su esfuerzo y su valor no les sirvió sino para pagar los primeros su imprudente temeridad de penetrar en aquellos abrasados desiertos, cayendo acuchillados por los infieles.

Los cristianos fugitivos, al salir de entre las palmeras, encontraron ya en el llano hasta cuatro mil moros: creció con esto su aturdimiento, soltaban y arrojaban en la arena las armas que apenas podían sostener, atropellaban á los escuadrones que habían quedado detrás, y todos huían espantados, sin que apenas bastaran los esfuerzos del conde y de algunos caudillos á contener algun tanto el desorden y hacer que no fuera tan completo el estrago. Muchos sin embargo sucumbieron de ardor y sed, otros se ahogaron en el mar por la prisa de querer ganar las galeras, y hasta el mismo Navarro, tan valeroso y esforzado en otras ocasiones, participando de la general perturbación, fué de los primeros que procuraron embarcarse. Entre muertos y cautivos quedaron aquel día en los arenales de los Gelbes hasta cuatro mil españoles, y siendo entre todos doce mil, y poco mas de un centenar los moros armados, se dejaron arrollar de aquella manera tan desastrosa; bien que el clima suplió al número y á las armas enemigas, y la imprudencia y temeridad de penetrar en tal estacion

y sin precaucion alguna en tan áridos, pobres y ardientes desiertos quedaron bien expiados (1).

Tal fué la desastrosa y lamentable jornada de la isla de los Gelbes. Navarro envió á España al valeroso Gil Nieto y al maestre don Alonso de Aguilar para que comunicaran al rey la nueva de tan triste suceso. Sus consecuencias no fueron menos lastimosas (2). Los elementos parecía haberse conjurado contra las naves españolas en el mar como contra los hombres en los arenales de la isla. Furiosos temporales dispersaron las galeras de los que se habían embarcado en el puerto de los Gelbes, y unas volvieron al puerto, y las mas corrieron la vía de las costas de Sicilia. Navarro, después de dejar por orden del rey á Diego de Vera la guarda y defensa de Trípoli, y de despedir los navios que ganaban sueldo, con tres mil soldados enfermos y malparados (setiembre), corrió con algunas naves la costa entre los Gelbes y Túnez, pero una deshecha borrasca le puso á punto de perderlas todas: tres de ellas se abrieron, y otras fueron á parar á la isla de Malta (octubre, 1510), y el conde tuvo que limitarse á pasar el invierno donde mejor pudo con los restos de la armada (3).

El contratiempo de la isla de los Gelbes detuvo el progreso de las armas españolas en Africa durante el reinado de Fernando V de Castilla, y fué también como el término de la gloriosa carrera militar del conde Pedro Navarro, aquel soldado brioso, pero áspero y rudo, á quien por desgracia hallaremos todavía después, faltando á la fidelidad debida á su patria y á su rey.

CAPÍTULO XXV

La liga de Cambray

DE 1508 Á 1513

Quiénes y con qué objeto formaron la liga.—Bases del convenio.—Guerra de los confederados contra Venecia.—Conducta de cada príncipe.—Reclábase el papa del francés, y proyecta echarle de Italia.—Partido que saca el Rey Católico de estas desavenencias.—Intenta Fernando establecer la Inquisición en Nápoles.—Oposición que encuentra en la capital y en todo el reino.—Alborotos; protestas enérgicas: peligros del inquisidor.—Desiste el rey de poner el Santo Oficio en Nápoles.—Otra liga llamada Santa.—Confederación del papa, el rey de España y la república de Venecia contra los franceses.—Guerra.—Célebre batalla de Rávena: derrota de los aliados: muerte del duque de Nemours.—Consecuencias de esta batalla: nuevas combinaciones: decadencia de los franceses en Italia.—Carácter del papa Julio II.—Proyectos del pontífice contra el Rey Católico.—Tregua entre Fernando y Luis XII.—Batalla de Novara entre franceses y suizos.—Apuro en que ponen los españoles á Venecia.—Gran triunfo de las armas españolas en Vicenza.—Ultimos resultados de la liga de Cambray.

Al tiempo que estos sucesos pasaban en Africa, otros asuntos exteriores ocupaban la atención del Rey Católico, como

(1) Llevado el cadáver de don García de Toledo á poder del jeque, escribió este después de algunos dias al virey de Sicilia don Hugo de Mondaca, que habiendo sabido que aquel gran señor que allí había muerto era pariente del rey de España, le había puesto en una caja y le tenía guardado para que dispusiesen de él. Don García de Toledo era hijo mayor del duque de Alba, y padre del que después se hizo tan famoso en el reinado de Felipe II.—Zurita, Rey don Hernando, lib. IX, c. 19.

(2) Sandoval da algunos curiosos pormenores de la fatal jornada de los Gelbes. Lamenta el descuido de no haber llevado pan ni agua. Pinta el cuadro lastimoso que presentaban nuestros soldados por aquellos arenales, tirando unos de los carretones de la artillería, otros cargados de barriles de pólvora, otros con las balas á cuestas, y otros allanando el camino, y los jefes apaleándolos como á bestias para que anduviesen mas á prisa. Daban por cada trago de agua hasta veinte monedas de Trípoli, que llamaban tripolines. Pone las arengas de Pedro Navarro, describe la derrota y habla del refrán que quedó en Castilla: *Los Gelbes, madre, malos son de ganare*. Hist. de Carlos V, lib. I.

(3) Gomez de Castro, *De Rebus gestis Ximenii*, lib. IV.—Bernaldez, capítulo 222.—Mártir, Epíst. 432 á 437.—Zurita, Rey don Hernando, libro IX, c. 19.

Sobre este tan importante y triste suceso, que produjo la suspensión de la conquista de Africa, solo dice Prescott estas cortas palabras: «Con todo, en el mes siguiente sufrió (Navarro) un gran descalabro en la isla de los Gelbes, en donde quedaron muertos ó prisioneros cuatro mil de sus soldados.» Historia de los Reyes Católicos, tom. IV, c. 21.

consecuencias de la liga de Cambray, una de las confederaciones mas ruidosas que se han hecho entre las naciones, y de las mas notables por su objeto y circunstancias, la cual por lo mismo nos es fuerza dar á conocer.

El papa Julio II, deseoso de recobrar los estados y tierras de la Iglesia que la república de Venecia le había ocupado en las guerras anteriores, promovió una confederación entre todos los príncipes que tenían quejas ó reclamaciones contra aquella república por despojos ó usurpaciones que les hubiese hecho. En este caso estaban la Santa Sede, el emperador y rey de Romanos, el rey de Francia como duque de Milan, y el de España como rey de Nápoles. Las gestiones del papa dieron por resultado la liga ó concordia entre los soberanos de estas potencias que se ajustó en Cambray, ciudad del norte de Francia, en 10 de diciembre de 1508. Las bases del concierto eran, que cada uno de estos príncipes para el 1.º de abril próximo había de invadir con ejército las tierras y señorío de Venecia, y que ninguno desistiera de la guerra hasta que se hubiesen recobrado y devuelto á cada soberano las ciudades que cada cual alegaba haberle usurpado los venecianos. Las que el rey de Aragon y de Nápoles señaló por su parte fueron cinco; Trani, Brindis, Gallipoli, Polignano y Otranto, empeñadas á la república por sumas adelantadas durante la última guerra. También se procuró incluir en la confederación á los duques de Saboya y de Ferrara, al marqués de Mantua y al rey de Navarra; este no fué aceptado por el de Francia sino á condicion de declararse que entraba en ella solo por un año.

Lo notable de este célebre tratado de partición era que todas las potencias se hallaban en aquel tiempo en alianza y amistad con la república cuya desmembración y distribución se resolvía. Por lo mismo, y para encubrir la injusticia del objeto, se propalaba, y así lo expuso el papa en consistorio (enero, 1509), que aquella liga era una confederación de los príncipes cristianos contra los turcos. Así lo aseguraban también las cortes de Francia y España á los venecianos, haciéndoles las mas amistosas protestas. Nadie mostraba ir de buena fe en este negocio: todos llevaban un segundo fin; y el papa llegó á entablar inteligencias secretas con los de Venecia para ver si concertándose con ellos podía recobrar sus tierras con menos ruido, y evitar que quedasen después confederados en Italia tres príncipes tan poderosos y temibles. Las diferencias entre el emperador Maximiliano y Fernando el Católico sobre el gobierno de Castilla quedaban aplazadas para después de terminado el repartimiento de Venecia. Para que todo fuese odioso y mercantil en este negocio, los reyes de Francia y España por atraer á la liga á los florentinos sacrificaron vilmente la ciudad y comun de Pisa, vendiéndola á Florencia por cien mil ducados después de haberla tomado bajo su protección. Este innoble tráfico hecho con la libertad é independencia de un Estado amigo, será siempre un borron para aquellos dos monarcas, y mas aun para el Rey Católico, bajo cuyo amparo había puesto el Gran Capitán aquella señoría (4). Otra prueba de la poca sinceridad de los confederados entre sí fué otra liga muy secreta que se hizo entre el papa y los reyes de España y Francia contra el emperador, para el caso en que recobradas las tierras del imperio quisiese emprender algo, como sospechaban, contra alguno de ellos.

Tal fué la famosa liga de Cambray, uno de los tratados mas impolíticos y mas injustos que se han celebrado entre naciones, si bien esta misma injusticia parecía permitida por la Providencia para hacer expiar á la república veneciana su política interesada, codiciosa y mercantil, á que debía el en-

(4) Ammirato, *Istorie Fiorentine*, t. III, lib. 28.—Guicciardini, *Istor. lib. VIII*.—Du Bos, *Ligue de Cambray*, tom. I.—Zurita, que defiende siempre cuanto puede los actos del Rey Católico, en esta ocasión no puede menos de decir: «Fué esta plática muy deshonesta y de gran infamia á estos príncipes, porque por este camino tan vergonzoso é indigno de quien ellos eran, y de su majestad y grandeza, vendieron la libertad de aquella señoría en tan vil precio, habiendo hecho confianza dellos.» Y mas abajo: «Fué este trato de mayor nota á la persona del Rey Católico, porque tenía en su protección aquella ciudad.» Rey don Hernando, l. VIII, capítulo 28.